

timiento invencible de pudor nos impide sondear aquí ciertos misterios, partes vergonzosas del grande hombre, que por otra parte se pierden felizmente en las colosales proporciones del conjunto; pero parece probado que en los últimos días que vivió, la corte tenía esperanzas de atraérselo. Es evidente que en aquella época Mirabeau trató de refrenar más de una vez el movimiento revolucionario; que tuvo momentos en que manifestó deseos de parar y de restablecer el equilibrio; que á pesar de sus bríos seguía jadeante la marcha, cada vez más acelerada, de las ideas nuevas, y que trató en algunas ocasiones de parar las ruedas de aquella revolución que él hizo mover.

Aun hay muchos que creen que si Mirabeau hubiese vivido más tiempo, hubiera concluido por refrenar el movimiento que desencadenó. Se apoyan en esta opinión en una frase que dicen que pronunció Mirabeau en el lecho de muerte, frase cuya autenticidad es dudosa. Muerto él, la monarquía estaba perdida. Si Mirabeau hubiese vivido, quizá no tuviera tan trágico fin Luis XVI.

Creemos que se engañan los que entonces tenían esta persuasión y los que la tienen ahora, y hasta el mismo Mirabeau, si tan poderoso se creía.

La revolución francesa no era un hecho sencillo; era un hecho complejo, y no bastaba que Mirabeau saliese de ella para que terminase. La revolución francesa se componía del pasado y del porvenir; Mirabeau solo era su presente. Para indicar nada más aquí que dos de sus puntos culminantes, diremos que la revolución francesa se confundía con Richelieu en el pasado y con Bonaparte en el porvenir.

Las revoluciones ofrecen la particularidad de que no se las puede matar cuando están pujantes. Por otra parte, aun dando á la cuestión menos importancia de la que tiene, debemos observar, en los sucesos políticos sobre todo, que lo que un hombre hace, casi siempre lo deshace otro. Mirabeau del 91 era impotente contra Mirabeau del 89. Su obra era más fuerte que él.

Los hombres como Mirabeau no son las cerraduras que pueden cerrar las puertas de las revoluciones; solo son los goznes sobre que giran al cerrarse y al abrirse. Para cerrar la puerta fatal sobre cuyos tableros pesan todas las ideas, todos los intereses y todas las pasiones que están mal avenidas en la sociedad, es

preciso meter en los herrajes una espada á guisa de cerrojo.

VI.

Hemos descrito lo que Mirabeau ha sido en la familia y luego lo que fué en la nación: réstanos examinar lo que será en la posteridad. A pesar de las justas reconvenciones á que se hizo acreedor, creemos que no se eclipsará la grandeza de Mirabeau. La posteridad absuelve de sus faltas á los grandes hombres.

En la actualidad, que casi todas las semillas que plantó han dado sus frutos, y que hemos probado que son la mayor parte buenos y sanos, aunque algunos amarguen; en la actualidad, que lo bueno y lo malo de su vida no ofrecen disparidad á la vista; en la actualidad, que no hay ya para su génio adoración y execración, y su memoria, que se arrastró en el fango y se besó en el altar, ya se ha retirado del panteon de Voltaire y la cloaca de Marat, podemos decirlo francamente, Mirabeau es grande. Le ha quedado el olor del panteon y no la hediondez de la cloaca. La imparcialidad histórica, al limpiar en el arroyo la cabellera sucia, le ha dejado la aureola; lavó el barro del rostro y le dejó radiante.

Después de darnos cuenta del inmenso resultado político que ha producido la totalidad de sus facultades, podemos considerar á Mirabeau bajo dos aspectos: como escritor y como orador. No participamos de la opinión de Rivarol; creemos que Mirabeau vale más como orador que como escritor.

Su padre, el marqués, tenía dos clases de estilo, como si tuviera dos plumas en su tintero. Cuando escribía un buen libro para el público y trataba de producir efecto, el gran señor se embozaba, se atiesaba, ocultaba su pensamiento, ya de por sí bastante oscuro, en las ampulósidades de la expresión, y con estilo ramplon é hinchado á la vez, pesado, cargado de neologismos, descolorido é incorrecto, disfrazaba su natural é incontestable originalidad. Como escritor, era mitad gentil-hombre y mitad filósofo, y prefería Quesnay á Sócrates y Le-fragne de Pompignan á Píndaro; era habitante anfibio de los ensueños del siglo diez y ocho y de las preocupaciones del siglo diez y seis. Pero cuando quería escribir una carta, cuando se olvidaba del público y se dirigía á su venerable hermano el bailío, ó á su hija, ó bien á ma-

dama de Rochefort, se dilataba aquel espíritu entumecido de pretensiones, y en la carta familiar é íntima derramaba su pensamiento, vivo, original, florido, curioso, chispeante, profundo, natural y gracioso con el majestuoso estilo de Luis XIV, que Saint-Simon sabía hablar con todas las cualidades del hombre y madama Sevigné con todas las cualidades de la mujer. Puede juzgarse de su estilo por los fragmentos que hemos citado. La diferencia que hay de los libros á las cartas del marqués de Mirabeau es sorprendente, casi increíble. Buffon no comprendería esta variedad del escritor. Era un hombre que poseía dos estilos.

Respecto á esto, el hijo se parecía algo al padre. Puede decirse, con algunas modificaciones y restricciones, que hay la misma diferencia entre su estilo escrito y su estilo hablado. El padre se hallaba en su elemento en una carta y el hijo en un discurso. Para estar en su centro, para ser naturales, aquel necesitaba la familia y éste la nación.

Mirabeau escribiendo es inferior á Mirabeau hablando. Su pensamiento basta siempre para abarcar el asunto, pero su estilo no basta siempre á su pensamiento. Su idea es constantemente grande y elevada, pero al salir de su espíritu se encorva y se empequeñece bajo la expresión, como el que pasa por una puerta muy baja. Exceptuando las elocuentes cartas dirigidas á madama de Monnier, donde se muestra natural, en las que habla más que escribe, y que son discursos amorosos, como sus discursos en la Constituyente son arengas revolucionarias, el estilo de todos sus escritos es en general mediocre, pastoso, mal perfeñado, blando al final de las frases, seco en muchas partes, con colorido empañado, lleno de epítetos vulgares, pobre de imágenes y ofreciendo en algunos casos extraños mosaicos de metáforas. Al leerle se conoce que sus ideas no son las de los grandes prosistas; de materia blanda y maleable, que se preste á los floreos de la expresión, que se insinúe hirviente y líquida en todos los rincones del molde en que la vierta el escritor, y luego se coagule; que primero sea lava y más tarde granito. Se presiente al leerle que se han quedado muchas ideas en su cerebro, que el papel no contiene todo el pensamiento del que lo ha emborrinado, que su génio no se aviene á derramar toda la savia en un libro y que la pluma no es el mejor conductor de los flúidos

comprimidos en aquel cerebro, donde retumba el trueno y donde estalla el rayo.

Pero Mirabeau hablando es grande: es el agua que mana, la ola que espumea, el fuego que chispea, el pájaro que vuela, es algo que hace su ruido propio, es la naturaleza que cumple su misión.

Sus contemporáneos están acordes en que Mirabeau en la tribuna es un sér magnífico. Solo allí está íntegro y todopoderoso. Allí no tiene delante ni mesa, ni papel, ni escribanía erizada de plumas, ni gabinete solitario; nada de silencio ni de meditación; allí tiene un mármol donde puede golpear, una escalera que puede subir corriendo, una tribuna como jaula de bestia feroz, donde puede irse aquí y allá, andar, pararse, cruzarse de brazos, crisper los puños, pintar la palabra con el gesto, iluminar una idea de una ojeada; tiene delante un monton de hombres que puede mirar fijamente, un gran tumulto que es un magnífico acompañamiento para la voz que truena; la multitud que odia al orador, la Asamblea rodeada de la multitud que le ama, del pueblo; tiene á su alrededor todas las inteligencias, todas las medianías, todas las pasiones, todas las naturalezas diversas que él conoce y á las que puede hacer producir el sonido que le agrada, cual si tocara las teclas de inmenso clavicordio, y tiene encima de él la bóveda de la sala de la Asamblea constituyente, hácia la que se dirigen sus miradas con frecuencia para buscar en ella pensamientos; que derriban monarquías con las ideas que caen de semejante bóveda sobre semejante cabeza.

En la tribuna todo era poderoso en Mirabeau; su génio, brusco é irregular, era imperativo. Tenía el hábito de hacer un movimiento colosal con los hombros, como el elefante que vá cargado con una torre. Su voz, hasta cuando solo lanzaba una palabra desde su asiento, tenía el acento tan formidable y tan revolucionario que se distinguía en la Asamblea, como el rugido del leon en la casa de fieras. Cuando sacudía la cabeza, su cabellera tenía algo de la melena. Sus cejas se movían como las de Júpiter; sus manos algunas veces parecía que amasaban el mármol de la tribuna; el conjunto de su fisonomía, de su actitud y de su figura respiraban orgullo pletórico, que no carecía de grandeza. Su cabeza era de fealdad grandiosa y fulminante, y había momentos en que causaba efecto

eléctrico y terrible. El génio de la revolución, al formarse una fuerte egida con las doctrinas amalgamadas de Voltaire, de Helvetius, de Diderot, de Bayle, de Montesquieu, de Hobbes, de Locke y de Rousseau, colocó en el centro la cabeza de Mirabeau.

No solo era grande en la tribuna, sino también en su asiento de diputado; el interruptor igualaba en él al orador. Con frecuencia encerraba en cuatro palabras tanto como en un discurso. *Lafayette tiene un ejército*, decía á Mr. de Soleau, *pero yo tengo mi cabeza*.

Interrumpió un día á Robespierre, diciendo estas frases profundas: *Ese hombre irá lejos, porque cree todo lo que dice*.

De este modo interpelaba á la corte en cierta ocasion: *Es una traición que la corte tenga hambriento al pueblo; pero el pueblo le venderá la Constitución por un pedazo de pan*. El instinto del gran revolucionario está en esa frase: *El abate Sieyès es un metafísico que viaja por un mapa-mundi*. De este modo censuraba al hombre teórico que estaba dispuesto siempre á atravesar mares y montañas. Había momentos en que era admirablemente sencillo. Un día, cuando estaba pronunciando su discurso, el 3 de Mayo, en el momento en que luchaba como un atleta con sus manoplas, con el brazo izquierdo contra el abate Maury y con el derecho contra Robespierre, M. de Cazalés, con la seguridad de las medianías, le interrumpió diciendo:—*No sois más que un charlatan*. Mirabeau se volvió hácia el abate Goutes, que ocupaba la presidencia, y exclamó con cierta grandeza infantil:—*Señor presidente, haced callar al señor Cazalés, que me llama charlatan*.

La Asamblea nacional queria empezar con esta frase una exposicion dirigida al rey: *La Asamblea presenta á los piés de vuestra majestad una ofrenda*, etc. etc. —*La majestad no tiene piés*, replicó friamente Mirabeau.

Más adelante se propone decir la Asamblea que está ebria de la gloria de su rey.—*Eso pensais! ¿Creeis que están ebrios los que confeccionan las leyes?* exclamó Mirabeau.

En ocasiones reía, y era formidable su risa. Decía, burlándose de la Bastilla: *Ha habido cincuenta y cuatro autos de prision en mi familia; diez y siete de ellos han sido para mí. Ya veis que me han tratado como á un primogénito de la Normandía*.

Se burlaba de sí mismo. Mr. de Valfout le acusaba de haber recorrido el día

6 de Octubre las filas del regimiento de Flandes, con el sable en la mano y hablando á los soldados. Alguno demostró que el que hizo eso fué Mr. de Gamaches y no Mirabeau, y éste añadió:—*De modo que despues de examinar el hecho, la deposicion de Mr. de Valfout solo debe irritar á M. de Gamaches, que es sospechoso legalmente de ser muy feo, puesto que se me parece*.

Algunas veces se sonreía. Cuando se debatía en la Asamblea la cuestion de la regencia, la izquierda se inclinaba al duque de Orleans y la derecha al príncipe de Condé, que entonces estaba emigrado en Alemania. Mirabeau pide que ningun príncipe pueda ser regente sin jurar antes la Constitución. M. de Montlosier objeta que un príncipe puede tener sus razones para no haber prestado el juramento, por ejemplo, en el caso de haber hecho un viaje á Ultramar. Mirabeau le replica:—*El discurso del preopinante vá á imprimirse, y yo deseo corregir las erratas. Donde dice Ultramar, debe leerse Ultra-Rhin*. Esta chanza decidió la cuestion. Algunas veces el gran orador se entretenía jugando con lo que mataba. Si hemos de creer á los naturalistas, el leon tiene algo del gato.

En una ocasion en la que los procuradores de la Asamblea redactaron muy mal un texto de la ley, Mirabeau se levanta y dice:—*Pido que se me permita hacer algunas tímidas reflexiones sobre que seria muy conveniente que la Asamblea nacional en Francia hablase francés, y hasta que escribiese en francés las leyes que propone*.

A veces, en medio de sus más violentas aclamaciones populares, se acordaba de repente de quién era, y tenia arrogantes rasgos de gentil-hombre. Era de moda en la oratoria de entonces encajar en todos los discursos una imprecacion contra la matanza de San Bartolomé. Mirabeau seguía el ejemplo de los demás, pero decía de paso:—*El señor almirante de Coligni, que, entre paréntesis, era mi primo*...

El paréntesis era digno del hombre cuyo padre escribía: *En mi familia no hay otra mala alianza más que la de los Médicis*.

El 22 de Setiembre de 1789 el rey hizo que ofrecieran á la Asamblea su plata labrada y su vajilla para aplicarlas á las necesidades del Estado. La derecha admira aquel acto, se extasia y llora; Mirabeau exclama:—*¡Poca lástima me dá la loza de los grandes!*

Su desden y su risa eran artísticos, pero su cólera rayaba en lo sublime.

Cuando conseguían irritarle, cuando de improviso le pinchaban con una de esas puntas agudas que hacen saltar al orador, si acontecía esto en medio de un discurso, lo abandonaba inmediatamente, suspendía las ideas empezadas, sin importarle que la bóveda de los raciocinios que empezaba á construir se le desplomase por falta de coronamiento, abandonaba la cuestion y se lanzaba con la cabeza baja contra el incidente. Entonces, ¡ay del interruptor! Mirabeau se echaba sobre él, lo agarraba por el vientre, lo levantaba en el aire, lo arrojaba al suelo y lo pisoteaba. Cogía por medio de su palabra al hombre entero, fuese grande ó pequeño, con su vida, con su carácter, con su ambicion, con sus vicios y con sus ridiculeces; nada omitía y de nada prescindía; aporreaba desesperadamente á su enemigo contra los ángulos de la tribuna; hacia temblar y hacia reír; cada palabra era un golpe, cada frase una flecha; estaba furioso, estaba terrible y soberbio, era una leona encolerizada. En aquellos momentos era grande y poderoso orador. ¡Cosa extraña, nunca razonaba mejor que cuando estaba enfurecido! La irritacion más violenta, en vez de desbaratar su elocuencia con sus sacudidas, desenvolvía en él una especie de lógica superior, y encontraba argumentos en el furor como otros encuentran metáforas. Ya hiciese rugir su sarcasmo acerado contra Robespierre, ya machacase con rabia los dilemas fibrosos del abate Maury y los escupiese hácia la derecha destrozados, casi devorados, entre la espuma de su cólera; ya clavase las uñas de su silogismo en la frase blanda y monótona del abogado Target, siempre era grande y magnífico y conservaba la formidable majestad, que no descomponía sus saltos más desenfrenados. Nuestros padres nos han referido que el que no haya visto encolerizado á Mirabeau no le puede conocer bien. Su cólera hacia brillar su génio con todo su esplendor.

Para los que le han visto, para los que le han oído, sus discursos son en la actualidad letra muerta; porque ha desaparecido de ellos el arrebató, el relieve, el colorido, el movimiento, la vida y el alma. Sus hermosos discursos yacen hoy en el suelo. ¿Dónde está ya el soplo que hacia remolinear sus ideas, como el huracán las hojas? Queda la palabra, pero falta el gesto; queda la exclamacion,

pero le falta el acento; queda la frase, pero le falta la mirada; queda el discurso, pero le falta la mímica; porque es preciso confesar que en todo orador se encuentran un pensador y un cómico. El pensador queda, pero el actor desaparece con el hombre. Talma muere por completo; Mirabeau á medias.

En la Asamblea constituyente la Convencion espantaba á los que reflexionaban. Para cualquiera que haya estudiado esa época, es evidente que desde 1789 la Convencion existía en la Asamblea constituyente. Existía en estado de germen, en el estado de feto. Invisible aun para la multitud, pero que la vislumbraba el que sabia ver. No era nada al parecer; era un matiz más subido que el color general, una nota que desafina á veces en la orquesta; un grupo sombrío en un rincón; algunas bocas acentuando ciertos vocablos; treinta voces, que más tarde debían ramificarse, siguiendo espantosa ley de multiplicación, en Girondinos, en el Llano y en la Montaña y en el 93, punto negro en el azulado cielo del 89. En ese punto negro todo se condensaba, el 21 de Enero, el 31 de Mayo, el 9 Termidor, formando sangrienta trilogía; Buzot, que debía devorar á Luis XVI; Robespierre, que devoraría á Buzot, y Vadier, que devoraría también á Robespierre. Trinidad siniestra! En aquella Asamblea los miembros más mediocres y los más desconocidos, como por ejemplo Hebrad y Putranik, sonreían de un modo extraño en las discusiones y parecía que sobre el porvenir tenían ideas que no comunicaban á nadie. Creemos que el historiador debía valerse de microscopios para examinar cómo se forma una Asamblea en el vientre de otra. Esta gestacion se reproduce con frecuencia en la historia y no se ha observado con la atencion que se debe. En el caso presente, no es por cierto un detalle insignificante en la superficie del Cuerpo legislativo la misteriosa excrecencia que encerraba el cadalso levantado para el rey de Francia. Debió ser monstruoso el embrión de la Convencion en el seno de la Constituyente; el huevo de buitre empujado por un águila.

Desde aquel momento, á muchos representantes perspicaces de la Asamblea asustaba la presencia de algunos otros impenetrables, que parecían reservarse para otra época. Conocían que soplaban huracanes en pechos que no exhalaban ni siquiera un soplo, y se preguntaban si aquellos aquilones se desencadenarían

algun día y dónde irían á parar algunos elementos esenciales para la civilización, que no había desarraigado el año 89.

Rabaut Saint-Etienne, que creía terminada la revolución y que lo proclamaba en voz alta, husmeaba con inquietud á Robespierre, que apenas la creía empezada y que lo decía en voz baja. Los demoleedores de la monarquía temblaban ante los demoleedores futuros de la sociedad. Estos, como hombres que creen que el porvenir les pertenece, se presentaban altivos, ariscos y arrogantes, y el más insignificante de ellos se codeaba desdeñosamente con los miembros más importantes de la Asamblea. En los momentos en que la Asamblea futura infundía miedo á la Asamblea presente, es cuando se manifestaba con más esplendor el poder excepcional de Mirabeau. Teniendo éste el sentimiento de su omnipotencia y sin pensar en su grandiosidad, gritaba al grupo siniestro que interrumpía constantemente á los principales oradores de la Asamblea:—*Que callen los treinta!* y la Convención callaba. Aquel antro de Eolo permanecía silencioso y contenido mientras Mirabeau le puso el pié encima. Muerto éste, hicieron su erupción las segundas intenciones anárquicas.

Digimos y volvemos á repetir que Mirabeau murió á tiempo. Después de haber desencadenado tantas tempestades en la nación, es evidente que durante algún tiempo comprimió bajo su peso todas las fuerzas divergentes que debían terminar la ruina que él comenzó; pero estas fuerzas, la compresión misma las condensaba, y pronto ó tarde la explosión revolucionaria tenía que abrirse paso y echar de allí al gigante Mirabeau.

Si le tuviésemos que reasumir en una sola frase, diríamos que Mirabeau no es un hombre, ni un pueblo, es un acontecimiento que habla, pero un acontecimiento inmenso: la caída de la forma monárquica en Francia. Con él ni la monarquía ni la república eran posibles. Por su gerarquía le excluía la monarquía y por su nivel la república. Mirabeau es un hombre que pasa por una época que él prepara. Para que la idiosincrasia de Mirabeau se desplegara, era preciso que la atmósfera social se encontrara en el estado particular en el que nada fijo y arraigado resiste en el terreno; en el que todo obstáculo, al vuelo de las teorías, se ataca fácilmente; en el que los principios que constituirán un día el fondo sólido de la sociedad futura están

aun en suspenso, casi sin forma y sin consistencia, esperando en el medio en que flotan, mezclados con el torbellino, el instante de precipitarse y de cristalizarse. Toda institución sentada presenta ángulos en los que el génio de Mirabeau quizás se hubiera roto las alas.

Mirabeau poseía conocimiento profundo de las cosas y de los hombres. Al llegar á los Estados generales, estuvo mucho tiempo observando en silencio, en la Asamblea y fuera de ella, al grupo, entonces pintoresco, de los partidos. Poco tardó en comprender la insuficiencia de Mounier, de Malouet y de Rabaut Saint-Etienne, que soñaban en una conclusión inglesa. Juzgó con frialdad la pasión de Chapelier, la mezquindad de espíritu de Petion, el pésimo énfasis literario de Volney; al abate Maury, que necesitaba crearse una posición; á Eprenesnil y Adrian Dupor, que eran parlamentarios malhumorados, pero no tribunos; á Roland, cero, cuya mujer constituía la cifra; á Gregoire, que vivía en un estado de sonambulismo político. Conoció en seguida el fondo de Sieyès, que era casi impenetrable; embriagó con sus ideas á Camilo Desmoulins, cuya cabeza no era bastante fuerte para sustentarlas; fascinó á Danton, que se le parecía en estatura y en fealdad y era más pequeño y más feo que él. Prescindió de seducir á Gillerny, á Lautrec y á Cazalés, especie de caracteres insolubles en las revoluciones. Presintió que todo iba á marchar con rapidez y que no se podía perder tiempo. Valeroso, sin miedo al hombre del día, lo que es raro, ni al hombre del día siguiente, lo que es más raro aun, se atrevió con los poderosos y atacó sucesivamente á Maupeou y á Terray, á Calonne y á Necker. Se aproximó al duque de Orleans, le tocó y le dejó muy pronto; miró frente á frente á Robespierre y á Marat de reojo.

Fué encerrado sucesivamente en la isla de Rhé, en el castillo de If, en la fortaleza de Foux y en el torreón de Vincennes, y se vengó de todas esas prisiones haciendo caer la Bastilla.

Durante su cautiverio leía á Tácito, le devoraba, se nutría de él, y al presentarse en la tribuna en 1789, tenía aun la boca llena de la médula del león. Se comprende desde las primeras palabras que pronunció.

No llegó á hacerse cargo de los deseos de Robespierre y de Marat. Consideraba al primero como un abogado sin pleitos y al segundo como un médico sin enfer-

mos, y suponía que el despecho los hacía divagar: su opinión no dejaba de tener su lado verdadero. Volvía la espalda completamente á los sucesos que venían detrás de él á marchas dobles. Como todos los regeneradores radicales, se fijaba más en las cuestiones sociales que en las políticas. Su obra no es la República, sino la revolución.

Su padre, que no le comprendía, aunque le había engendrado, como la Constituyente no comprendía á la Convención, decía de él: *No es ni el fin ni el principio de un hombre.* Tenía razón. Fué el fin de una sociedad y el principio de otra.

Mirabeau no es menos importante que Voltaire para la obra general del siglo diez y ocho; los dos tenían misión análoga: destruir lo antiguo y preparar lo nuevo. El trabajo de uno fué continuo y le ocupó durante su larga vida; el otro solo apareció en la escena breves momentos. Para desempeñar su tarea común, á Voltaire se le concedió el tiempo por años y á Mirabeau por días. Sin embargo, Mirabeau hizo tanto como Voltaire. Cada uno ataca á su manera la vida del cuerpo social. Voltaire descompone, Mirabeau aplasta. El procedimiento de Voltaire es hasta cierto punto químico, el de Mirabeau completamente físico. Después de Voltaire, la sociedad queda disuelta; después de Mirabeau, queda reducida á polvo. Voltaire es un ácido, Mirabeau es una maza.

VII.

Si ahora, para completar el conjunto que acabamos de bosquejar de Mirabeau y de su época, contemplamos la época actual, es fácil ver, en el punto en que se encuentra ahora el movimiento social empezado en 1789, que no tendremos ya hombres como Mirabeau, sin que nadie pueda decir, por otra parte, bajo qué forma aparecerán los grandes hombres políticos que nos reserva el porvenir. Los Mirabeau no son ya necesarios, luego ya no son posibles. La Providencia no crea nunca hombres semejantes cuando son inútiles.

Efectivamente, ¿para qué serviría ahora un Mirabeau? Un Mirabeau es un rayo, y el rayo no tiene ahora nada que quemar. ¿Dónde están en la región política los objetos colocados á tanta altura que pueda herirles el fuego del cielo? No estamos ya en 1789, en cuya época había

en el orden social muchas cosas desproporcionadas.

En la actualidad el terreno está casi desnivelado; es llano, liso y compacto. Esto no quiere decir que porque no necesitamos un Mirabeau, no necesitamos grandes hombres. Por el contrario, falta mucho que trabajar todavía. Todo está deshecho, pero no hay nada reedificado.

En los momentos que atravesamos, el partido del porvenir lo componen dos clases de hombres; los hombres de revolución y los hombres de progreso. Aquellos son los que remueven el antiguo suelo político, abren el surco y arrojan la semilla; á éstos corresponde el lento y laborioso cultivo de los principios, el estudio de las estaciones propicias á los enjertos de tal ó de cual idea, el trabajo continuo, el riego de la planta joven, el abono de la tierra y hacer la cosecha para todos. Necesitan ojo avizor, pié firme y buena mano. A estos dignos y concienzudos trabajadores raras veces se les paga bien.

En nuestra opinión los hombres de la revolución han cumplido bien su tarea. Recientemente, en Julio, tuvieron aun tres días de siembra. Ahora deben dejar que obren los hombres de progreso. Después de labrar el surco, que esperen que salga la espiga.

Mirabeau fué el grande hombre de la revolución; nos falta ahora el grande hombre del progreso. Pero lo tendremos. La Francia desempeña una iniciativa demasiado importante en la civilización del globo para carecer de hombres especiales; la Francia es la madre majestuosa de todas las ideas que, como misioneras, recorren todos los pueblos; puede decirse que hace dos siglos nutre al mundo con la leche de sus pechos. Tiene sangre generosa y rica y entrañas fecundas; es inagotable en génius; saca de su seno las grandes inteligencias que le hacen falta; tiene siempre hombres á la medida de los acontecimientos, y nunca le falta un Mirabeau para empezar las revoluciones ni un Napoleon para terminarlas. No le debe negar la Providencia el grande hombre político ó social que necesita para el porvenir.

Mientras viene, hay que confesar, haciendo cortas excepciones, que son pequeños los hombres que figuran en la historia en estos momentos; sin duda es triste que los grandes cuerpos del Estado carezcan de ideas generales y de vastas simpatías; es de sentir que se malgaste en revoques el tiempo que debiera em-

plearse construyendo; es extraño que se olvide que la verdadera soberanía es la de la inteligencia, que debe ante todo ilustrarse á las masas, y que solo cuando el pueblo sea inteligente será soberano; sin duda es vergonzoso que las magníficas premisas de 1789 traigan ciertos colorarios; indudablemente es deplorable que la revolucion francesa haya tenido torpes comadrones; pero nada irreparable se ha hecho todavía, ningun principio social se ha ahogado en el parto revolucionario, no ha habido ningun aborto; todas las ideas indispensables para la civilizacion futura nacieron viables, y adquieren cada dia fuerzas, desarrollo y salud. Ciertamente es que en 1814 estas ideas, hijas de la revolucion, eran tan infantiles que aun se encontraban en la cuna, y debemos convenir en que la Restauracion fué para ellas flaca y descuidada nodriza; pero hay que confesar tambien en que no mató á ninguna. El grupo de los principios está todavía intacto.

En los momentos actuales la crítica es posible, pero el hombre prudente debe mirar con benevolencia la época entera, debe tener confianza y esperar. Debe hacerse cargo de que los hombres teóricos han de exponer sus ideas con lentitud y que en los hombres prácticos es útil el amor que conservan á las cosas que existen, sin el cual la sociedad se desorganiza con los experimentos sucesivos; debe dispensar á las pasiones las digresiones generosas y fecundas; á los intereses, los cálculos, que unen á las clases entre sí á falta de creencias; á los gobiernos, que anden á tientas hácia el bien en la oscuridad; á las oposiciones, el aguijón que expolea; á los partidos medios la templanza que comunican en las transiciones; á los partidos extremos, la actividad que imprimen á la circulacion de las ideas; á los amigos del pasado, el esmero con que cuidan algunas raices vivas; á los celadores del porvenir, el cariño que profesan á las hermosas flores que un dia darán frutos; á los hombres maduros, la moderacion; á los jóvenes, la paciencia.

Por otra parte, no podemos negar que es borrascosa y turbulenta la época en que vivimos. La mayor parte de los hom-

bres que intervienen en el gobierno del Estado no saben lo que hacen. Trabajan de noche y á oscuras, y mañana, cuando raye el dia, tal vez queden sorprendidos de su obra; quizá contentos, quizá asustados. No hay ya nada cierto en la ciencia política; se han perdido ya todas las brújulas; la sociedad arranca sus áncoras, y en el transcurso de veinte años le han cambiado ya tres veces el gran mástil que se llama *Dinastía*, que cayó herido por el rayo.

La ley definitiva no se revela aun. El gobierno constituido no es la afirmacion de nada; la prensa, tan grande y útil por otra parte, es la negacion perpétua de todo. No se ha redactado aun ninguna fórmula clara y precisa de la civilizacion y del progreso.

La revolucion francesa abrió para todas las teorías sociales un libro inmenso, una especie de gran testamento. Mirabeau escribió en él su palabra; Robespierre otra, Napoleon la suya, Luis XVIII hizo un borron y Carlos X ha arrancado toda la página; la Cámara del 7 de Agosto la ha vuelto á pegar, pero nada más. El libro está abierto y á su lado la pluma; quién se atreverá á escribir? Los hombres actuales son pigmeos y no se atreven; sin embargo, el hombre pensador debe estudiar cuidadosamente la fermentacion social.

Confiamos y esperamos.

¿Quién no presiente que entre el tumulto y la tempestad que reinan en el combate de todos los sistemas y de todas las ambiciones, que hacen tanto humo y mueven tanto polvo, que tras el velo que oculta aun á nuestra vista la estatua social, apenas bosquejada; que detrás de la nube de teorías, de pasiones y de quimeras que se entrecruzan y se devoran mutuamente; que al través del rumor de la palabra humana, que habla á un tiempo todos los idiomas; que tras el violento torbellino de cosas, de hombres y de ideas, que se llama siglo diez y nueve, quién no presiente, repetimos, que se está verificando algo grandioso y definitivo?...

Dios permanece tranquilo y prosigue su obra.

GUILLERMO SHAKESPEARE